

dental de la ciudad llamada *La Colonia*, las dos casas de campo de sus mencionadas fincas rústicas y los tres departamentos de habitación presidencial del Palacio de Gobierno. Vagaba Manuel Gonzalez de una en otra habitación con los caprichosos giros de abeja encantada en posarse sucesivamente en diversos cálices de flores; de tal suerte que no era posible determinar donde aquel hombre moraba. La multitud ociosa y empleomaníaca que se pasea todas las mañanas por el *Zócalo* ó la acera frontal y los corredores del Palacio, al verle atravesar en su coche á horas irregulares hacía el pié de la escalera de la Presidencia se preguntaba "¿de dónde viene hoy?"—y unos decían: "viene de Peralvillo;" otros: "viene de la Colonia," y aún se cuchicheaban algunos nombres más, correspondientes á habitaciones secretas, puntos misteriosos reservados para ciertas noches tibias y sin luna, con embozados y tapadas... Pero el centro principal de la vida privada como de la pública de Manuel Gonzalez era el Palacio Nacional. Los últimos presidentes que le precedieron en el puesto, habían tenido en el Palacio solo dos lugares de habitación privada. Era uno

de ellos la pequeña casa conocida con el nombre de *casa presidencial* y situada en el ala Norte del Palacio con puerta á la calle de la Moneda, y era el otro un aposento contiguo á las salas de recepción, de despacho y de acuerdo del presidente, en el ángulo suroeste del edificio. Maximiliano de Austria había decorado suntuosamente con estatuas, lámparas, muebles, alfombras y tapices traídos expresamente de Europa, aquel aposento y las contiguas salas que los posteriores gobernantes republicanos han conservado y sabido aprovechar sin escrúpulo alguno por tan flamante reliquia, legado involuntario del pobre Emperador. Su imperial lema de "Equidad en la Justicia" recamado y esparcido á granel en el tapiz rojo de la sala de recepciones, las coronas, cetros, MM., esmaltadas ó esculpidas en muebles, candelabros, arañas de bronce dorado, esculturas, están acusando su antiguo origen que se confunde en el recuerdo del observador, quien quiera que sea, con ese algo venerable que dejan en sus huellas las figuras consagradas por histórica y trágica muerte.... Aquel aposento, con su lecho en el fondo, así circundado y revestido de los esplendores propios de régia cá-

mara era solemne: no porque representase vivamente á los ojos el lujo del austriaco, sino porque en su aspecto no habia nada en desacuerdo con las oficinas del Gobierno supremo, el departamento presidencial de que formaba parte. El lecho, sencillo, estrecho, cubierto por oscuras cortinas, era un lecho de reposo y nada más, puesto allí en prevision de las fatigas naturales del gobernante. El primer magistrado, resentido en su máquina orgánica de los trabajos del día, de tanto discutir, deliberar, recibir, ir y volver de aquí para allí, de la mesa del despacho al sillón de recepciones, de contestar con la ceremonia á la ceremonia, de hablar tanto y de oír tanto, al prudente y al necio, pretensiones, quejas, solicitudes, sueños. . . fatigado de toda esa suma de esfuerzos, iria al lecho y estaría bien: entraba á una oficina de descanso, justo complemento de la del trabajo; seguía siendo el primer magistrado del país; el cortinaje lo cubría como un dosel; allí habia descansado el cuerpo del hombre que al caer acribillado en Querétaro redimió su crimen político; allí tambien habia dormido el gran Juárez. . . . ¡se podía dormir gloriosamente!

Manuel González pensó añadir á aquellas dos,

otra habitación en el Palacio, con entrada por la espalda ó fachada posterior del edificio que da á estrecha calle, sombría y poco transitada durante la noche. Estaba casi toda esa parte ocupada por cuarteles, con puertas, el uno á la mitad de la espalda y el otro en el costado Sur hacía la plaza del Volador. A través del segundo cuartel decidió Manuel González abrirse paso, y al efecto abrió ó aprovechó cerca de la esquina sureste del edificio, puertecilla insignificante en directa comunicacion por estrecha escalera con el piso superior. Luego hizo tender un pasadizo por sobre el patio del cuartel, y á su término, en punto recóndito del Palacio fabricó su nueva habitación. Quedó ésta situada junto á los restos del antiguo *jardin botánico* en cuyo centro se alza, en forma de kiosko; *el polvorin* sombreado por gigantesco y célebre árbol llamado *de las manitas* á causa de la conformacion singular de sus flores que imitan en todo el tarso y los dedos de la mano humana. Este jardin, encajado entre altos paredones, solitario de continuo, sin relacion ninguna con el sistema de oficinas y movimiento de empleados del Palacio, fué elegido por Manuel González como punto central interme-

diario para mutua comunicacion entre sus tres habitaciones. Existia ya en él una puerta que daba hácia el patio del fondo donde estuvieron las oficinas de amonedacion del níquel, y por ella, atravesando el patio, se podia ir del jardin á la *casita presidencial* de la calle de la Moneda. Otra puerta frente al *árbol de las manitas* daba á una escalera de caracol por la cual se ascendia al aposento de las salas presidenciales. La comunicacion estaba, pues, naturalmente establecida á través del jardin y el patio del fondo entre el aposento y la casa de la Moneda. Faltaba comunicar ambas con la nueva habitacion contigua al jardin, y al efecto, hizo Manuel Gonzalez construir una escalera del jardin á la nueva habitacion. Así comunicadas aquellas tres habitaciones, cada cual provista de particular salida á la calle, podia su señor moverse de una á otra por múltiples combinaciones de entradas y salidas. Podia, por ejemplo, entrar por el gran porton y escalera de honor del Palacio, llegar al aposento de las salas presidenciales, bajar al jardin por el caracol y dirigirse á la casa de la Moneda ó á su nueva habitacion, segun quisiese salir á la calle por el costado derecho ó la espalda

del Palacio; y podia á la inversa entrar por estos puntos para salir por el gran porton.

Feliz y satisfecho de haber podido así disponer por tantos flancos del vetusto edificio por él amado y explotado desde que fué su gobernador en tiempo de Juarez, y por él considerado despues como la prenda y el patrimonio natural de su poder, le amó más y más y se propuso utilizarlo como un centro de vida íntima. Al principio, en el primero y segundo año de su Gobierno no pasó ese propósito de surtir resultados inocentes. Algunas *ponchada* entre amigos, comilonas y charlas de sobremesa, veladas hasta 11 ó 12 de la noche al amor del tabaco y del café rociado de *cognac*. Si por acaso, en noches de pasion, estaba de vena el señor del Palacio, se salia de él y pernoctaba fuera, en alguno de sus privados domicilios donde el funcionario podia desenfadadamente despojarse de sus atavíos oficiales hasta dejar en su persona sólo al hombre. Despues, en el tercer año de su Gobierno, la vida íntima de Manuel Gonzalez en el Palacio suscitó graves comentarios. Fué en dicho año cuando mandó construir la nueva habitacion contigua al jardin, y se le vió preferirla á

Tomo II.—12.

las otras dos. La habia hecho amueblar y ornamentar con delicadeza impropia de mansion de trabajo ó de simple reposo. Se hablaba de disimulada puerta afectando pertenecer á un armario, la cual se abria á impulso de oculto resorte y daba paso á un gabinete lujurosamente dispuesto como para alguna cita con las hadas... El pasillo tendido sobre el cuartel, y que comunicaba la habitacion con la puertecilla á la calle de la espalda del edificio fué, por su órden, cubierto con cristales destinados á impedir que los transeuntes del pasillo fuesen vistos del cuartel. Los cristales, empero, no fueron suficientemente opacos para ocultar las idas y venidas que tenian lugar en el pasillo. Los soldados del cuartel creyeron ver cruzar ahí siluetas de mujeres, y como su curiosidad sobreexcitada les indujese á hacer más rigurosas observaciones, acabaron por formular el resultado de ellas en frase epigramática aplicada al pasillo que, desde entonces, fué llamado entre ellos el *Paso de Vénus*. Si Vénus tendria conjunciones con Marte en punto tan lejano de sus respectivas órbitas como lo era la habitacion al extremo del pasillo, fué cosa que no pudieron afirmar los soldados astrónomos del

cuartel frontero á la plaza del Volador... Pero se añadieron bien pronto á éstas, otras observaciones: los vecinos y los transeuntes diurnos y nocturnos de la callejuela á espaldas del Palacio vieron misteriosas tapadas entrar y salir por la puertecilla abierta en esa parte. Hasta allí no habia nada importante, porque una accion dramática en que hay solo tapadas, sin embozados y galanes, carece de interés y movimiento así en la vida real como en la escena... Afortunadamente, un humilde observador, insignificante y apenas visible entre los rosales y arbustos que cultivaba: el jardinero, único habitante del pequeño ex-jardin botánico del *árbol de las manitas*, pudo suministrar á la crónica de aquel tiempo el testimonio de sus ojos de jardinero que habian visto á Manuel Gonzalez atravesar el jardin, ascender por la escalera y entrar en la habitacion á la cual correspondia la puertecilla de la espalda... Pasaban alguno ó algunos cuartos de hora, sin que pudiese percibirse signo ni ruido de lo que pasaba en la habitacion, bastante elevada sobre el jardin... Veces habia en que el jardinero no veía salir á Manuel Gonzalez, á causa de que éste se retiraba por la puertecilla de

la espalda; pero otras había en que le veía bajar la escalera y regresar á las salas de la presidencia, dándole tiempo para observarle al atravesar el jardín. Pasaba andando negligentemente, la faz enrojecida, húmedos los ojos, las fosas de la nariz ensanchadas como si aun se esforzase por aspirar algún perfume ya ido... y el jardinero veía en aquel hombre todas las trazas del embozado de las tapadas, el galán correspondido y satisfecho; el duque de Mantua retirándose de la barraca de la gitana y cantando, al pasar por el puente, la sonata de *la donna é mobile*.

Cerría el año de 83, y cuanto más avanzaba hacia su término, tanto más menudeaban las visitas de Manuel Gonzalez á la habitación del jardín. Mutilado, sexagenario, con la cabeza ya blanquecina, con el cuerpo tan arrugado por el tiempo como por las heridas, y con hijos en plena virilidad, parecía inverosímil que aquel hombre sacase de su viejo y destruido organismo tantas fuerzas para una pasión de juventud... A más de los platillos de lascivia que hacía servir é introducir por la espalda del Palacio, tenía mesa puesta y regularizada en su casa de Peralvillo, en la de la Co-

lonia y aún en alguna de sus haciendas. El vulgo hablaba de una *circasiana* importada expresamente para él y semi-oculta en el harem de Chapingo, suponiendo oriunda de la Circasia á una hermosa dama que paseaba por las galerías de esa hacienda, y la cual procedía simplemente de la capital de Francia. Era ella una gota perdida en el gran estanque de aguas sensuales adonde se había echado á nadar el señor del Palacio. El lenocinio interesado de Celestinas y compadres favorecía ese prolongado baño... turco. Se señalaban figuras, prominentes en el sentido político, abyectas en el moral, que ofrecieron á Manuel Gonzalez como á ídolo insaciable, la carne de amigas y parientas. Niñas en el albor de la vida inconscientes de la vileza de su papel, esposas y viudas dóciles á las sugestiones de la miseria ó de loca ambición, caían en confusión con meras cortesanas ante las aras del sacrificio... Se agitaba el dios-bestia, masculaba las frias carnes en que el amor no había puesto palpitation ninguna, y desechadas luego, arrojadas del libidinoso *teocalli*, iban á servir, como las carnes de las víctimas aztecas, al apetito de los más próximos al ara del dios. Aún faltaba

algo á esa crápula. Hasta allí se habían guardado ciertas templanzas como suprenas concesiones al decoro: se procedía, no de frente, sino por la espalda, á favor de puertas de excusa, escaleras secretas, pasillos cubiertos. . . . Llegaba el tiempo en que cendales de honestidad y velos de pudor cayesen desgarrados dejando ver claramente al sátiro en el hombre y el magistrado. Los principios del triste año de 84 dieron la señal. . . . Se vió á las tapadas internarse destapadas en el Palacio, ya no por la espalda, sino por el frente. Subían por la escalera de honor, entraban á las salas presidenciales en calidad de privilegiadas solicitantes de audiencia, y. . . . en el aposento destinado á recogimiento y descanso resonaron y se oyeron exteriormente esas risas nerviosas, esas carcajadas inequívocas en que se exhala el deleite sensual. . . . ¡Oh aposento de casto retiro! ¡Oh lecho de Juarez, venerable y glorioso! . . .

«¿Y la vida privada? ¿Y qué derechos se tienen sobre ella?» . . . El historiador comprende el valor y la fuerza de esos conceptos hechos. Ellos se apoyan en la distinción más metafísica que

real de *hombre privado* y *hombre público*, distinción que se aplica á una sola personalidad indivisible en la realidad. Pero bien: cuando un hombre sostiene con su conducta esa distinción, cuando en sus liviandades, en sus arrastramientos por las bajas regiones de la materia trata de borrar en cuanto puede lo que hay en su persona de autoridad y de investidura oficial, entónces podrá con plausible empeño pretender sustraerse á la crítica histórica que se detiene de buen grado ante el hogar y ante todo lo que toma sus formas de pudor y discreción. Pero cuando en esas abyecciones ó llámense aventuras y *jaleos*, el funcionario, en vez de velar su autoridad la ostenta y hace de ella un medio para tal fin, cuando para acercarse á la doncella inexperta ó á la avezada cortesana, baja, á vista y conciencia de ellas, de su dorado sitial, porque de otro modo quizá le rechazarían por baldado o por viejo, cuando despliega ante ellas las insignias de su rango y les muestra los títulos de su autoridad cual si fuesen las perlas de collar deslumbrante, cuando les dice: «yo emperador, rey, presidente, soy verdaderamente tal, y en consecuencia tienes que ser dócil y aceptarme,» cuando

hace más, y las lleva hasta el lugar y el edificio mismo donde reside su autoridad y tiene asiento su poder y les pone allí la alcoba y el lecho como si no quisiese que dudasen un momento de que *él es él*... cuando así procede, ese funcionario no puede pretender para sí esa distinción de *hombre privado y hombre público* que él desdeñó establecer para la ejecución de sus actos vergonzosos. Y quitada esa distinción ideal que sirve de razón para imponer silencio á la crítica histórica, queda el hombre entero sujeto á ella. Su vida privada se hace vida de plazuela llevada de boca en boca por Celestinas y mujerzuelas, y Olio, la gran musa, le toma por los cabellos... El historiador tiene sobre él y su vida privada los derechos de Tácito sobre la de los Tiberios y los Claudios. Con ese derecho ha podido definir la situación particular de Manuel Gonzalez frente al estado del país en el curso del año 84 como la de la más desenfrenada orgía frente á la más honda tristeza y postración.

bande de propia comparación de por sí... los días dió en su casa Ramón Fernandez. Hizo ajustado el primer millón de pesos... Vieron al terreno que diaban y le hallaron revuelto como si fuese el teatro mismo del cuadro, marcado con las huellas estampadas de los espectadores copias portoneadas cuyos originales reconocían en sus propios días... y se encon-

CAPITULO VIII

DEL DELITO AL CRIMEN.

I.

"Recojámonos."

Avanzaba en tanto el triste año, y Manuel Gonzalez y su grupo de adláteres sintiéndose impelidos hácia su fin como al fin mismo de su dominación, se replegaron y concentraron; hubo en ellos ese súbito movimiento de reflexion en virtud del cual, el hombre lanzado por determinada vía, parece detenerse un momento, tiende la vista hácia el espacio recorrido y mide luego con ella el que le queda por recorrer. Vieron hácia atrás y sonrieron al espectáculo de la riqueza adquirida... A esa sonrisa retrospectiva hay que referir un